

LA INTEGRACIÓN DE UN PROYECTO NACIONAL

La crisis, tan duradera, ha venido desafiando la conciencia colectiva del país, moviéndonos a repensar a Venezuela al principio como sistema socioeconómico, luego como república, finalmente como pueblo, como unidad cultural de convivencia. De esta profundización en los estratos del ser nacional, realizada no sólo por los estudiosos sino también por mucha gente corriente que ha de encajar las rupturas sucesivas de la Venezuela tradicional primero y de la "saudita" después, están brotando posibilidades históricas nuevas.

No sólo es cierto, como repite el tópico, que nuestro país posee grandes potencialidades para la vida buena en virtud de sus riquezas naturales y de la convivialidad de nuestra cultura, sino que algunos obstáculos decisivos para la transformación de esas potencialidades en posibilidades reales, aptas para ser elegidas y realizadas, han sido identificados en el proceso de reflexión nacional que viene acompañando a la crisis. Identificados los obstáculos, el siguiente paso consiste en la elaboración de un proyecto nacional para superarlos. Ahí estriba la especificidad de este momento de Venezuela: es hora de proponer, de debatir las propuestas, de realizarlas en nuestra sociedad.



Raúl González Fabre

En el ambiente menudean las propuestas parciales de la más diversa alzada y orientación, aunque tal vez se encuentren menos donde más deberían hallarse (en la clase política, por ejemplo). También puede uno toparse con algunas propuestas más globalizantes (como las que provienen de los círculos empresariales y académicos tocados de neoliberalismo) capaces de convertirse en proyecto nacional, esto es, capaces de especificarse de manera internamente consistente en todos y cada uno de los aspectos de la vida social que desde su perspectiva se consideran relevantes. Un riesgo de unas y de otras propuestas consiste en descuidar complejidades decisivas de la vida venezolana que se nos han revelado en la crisis, atendiendo sólo a la resolución de un problema (en el caso de las propuestas parciales) o a la totalidad bajo el predominio de un solo aspecto (en el caso de las globalizantes).

En este artículo nos ocuparemos sucintamente de las condiciones límite de validez de una propuesta para Venezuela; con otras palabras, de los puntos que deberán ser tenidos en cuenta a la hora de integrar un proyecto nacional, o de proponer políticas parciales capaces de esa integración (por tanto, capaces de construir el país en vez de tendentes a disolverlo en parcialidades fragmentarias). Quedará a otros artículos de este número de SIC y de los siguientes, presentar el estado de la cuestión en cada gran aspecto de la vida social venezolana. Aquí vamos sólo a recontar algunas ideas fundamentales que la reflexión del Centro Gumilla ha encontrado a partir de la crisis vivida como lugar donde aprender sobre el país, visto como totalidad.

UN ORDEN PRODUCTIVO

No resulta raro encontrar entre nosotros la idea de que el éxito colectivo es resultado de una gesta voluntariosa (como el operativo), de un golpe de suerte (tal vez en los precios del petróleo) o de estar apuntados al caballo ganador (en el galope electoral, por ejemplo). Tende-

mos a desdeñar la noción de que nuestro éxito como sociedad se juegue en una aburrida disposición de las cosas y de las relaciones que funcione eficazmente día tras día sin requerir esfuerzos extraordinarios ni amenazar catástrofes, siguiendo reglas de todos conocidas. Y sin embargo, de ello y no de otra cosa dependen la productividad de nuestra economía, la libertad real de nuestra vida civil, el bienestar de los venezolanos en el largo plazo.

Por eso, lo primero que ha de pedirse a cualquier propuesta para Venezuela es que nos explique cómo piensa contribuir a construir un orden productivo en los órdenes económico y político, al que se pueda augurar estabilidad por razón de su funcionalidad y buen sentido, de su justicia y de su fácil adaptabilidad a nuevas situaciones. Los venezolanos vamos cansándonos de caminar por la historia como borrachos, dando bandazos entre euforias efímeras y depresiones lacrimógenas, entre anuncios espectaculares y resacas demoledoras del día siguiente.

EL VELO DEL ESTADO

Un segundo dato obvio que entre nosotros suele olvidarse con facilidad se enuncia así: de donde no hay, no se puede sacar. Por ese motivo, cualquier propuesta social debe responder siempre la cuestión de quién paga la factura y qué razón justifica que ese tal la pague. Poner en un lugar, dada la limitación esencial de los recursos económicos en cada momento, significa siempre quitar de otro.

Ello basta para notar que el concepto de Estado debe deslastrarse de la hipoteca del populismo rentista. El Estado nunca es el que paga, porque no es sujeto capaz para ello: él consiste únicamente

Cada decisión pública conecta entre sí a unos grupos con otros a través del Estado, y no a cada grupo con el Estado

Venezuela no está en capacidad de dictar por entero las condiciones de su vida nacional

en una mediación, la principal, de las relaciones abstractas en nuestra sociedad. A través del Estado nos relacionamos unos con otros los habitantes de Venezuela, de manera que cada decisión pública conecta entre sí a unos grupos con otros a través del Estado, y no primero a cada grupo con el Estado mismo.

Ha sido costumbre entre nosotros que aquellos grupos sociales con más capacidad de presión política (por las buenas o por las malas) obtuvieran decisiones distributivas a su favor a costa de los grupos menos poderosos. El Estado populista ha disfrazado su injusticia utilizando la inflación como medio de dar más a todos nominalmente, cuando en realidad privilegiaba a unos quitando a otros muchos. Pero este juego del poder puro, a fuerza de irracional, no puede legitimar un proyecto nacional, ni siquiera puede enunciarse abiertamente sin provocar indignación. Será pues preciso que cualquier propuesta política para Venezuela "levante el velo del Estado", mostrándonos qué relaciones reales entre los distintos grupos sociales quiere presentarnos como deseable, y por qué.

UN PAÍS PETROLERO

El espejismo de que la factura de una propuesta determinada pueda ser pagada por el Estado, deriva de la presencia de un componente de renta en el ingreso petrolero, muy volátil en cuanto depende de precios internacionales fuera de nuestro control. Este ingrediente no sólo distorsiona la economía, sino también nuestra conciencia de lo público. Tal distorsión, a la que suele llamarse "rentismo", debe ser reducida sin desdeñar las posibilidades que la presencia de la renta petrolera nos ofrece al disminuir el esfuerzo nacional necesario para pagar cualquier factura pública.

Así, toda propuesta sobre el país deberá responder acerca de su relación con la renta petrolera, que seguirá presente en nuestra vida nacional amenazando con disolver cualquier intento de reforma a fondo (siempre es más cómodo pagar la ineficiencia con renta que esfor-

zarse por superarla, afrontando conflictos para ello). En cuanto aproveche la renta para hacer menos dolorosas y más viables las reformas propuestas, eso validará la propuesta; en cuanto refuerce el rentismo en la actividad económica y en la conciencia social, con ello deberá ser rechazada.

EL ESTADO PRODUCTOR

Habíamos dicho arriba que el Estado consiste conceptualmente en un sistema institucional que media las relaciones abstractas entre los venezolanos. Pero, sin duda, es algo más en nuestra experiencia histórica. En primer lugar, el Estado es un aparato productivo de servicios públicos fundamentales (algunos de los cuales, como la justicia y la seguridad pública, sólo él directamente puede proveer), cuya eficiencia ha caído en vertical durante la crisis. Durante los últimos años, la reforma del Estado en cada una de sus funciones básicas ha aparecido como clave imprescindible para la recuperación económica y para el saneamiento de la convivencia civil. El debate sobre los roles que debe asumir sigue aún en curso, por más que algunos consensos hayan sido alcanzados (como su salida de muchas actividades de producción directa de bienes, o su responsabilidad ineludible en la educación y la salud).

Del Estado depende la provisión de bienes y servicios básicos para la integración productiva y civil de todos los venezolanos. Quienes están sólo precariamente integrados, los pobres, no cuentan con otra sanidad, otra educación ni otra seguridad que las públicas. Y estos servicios, junto con apoyo alimentario de emergencia según los casos, resultan imprescindibles para que tengan al menos una oportunidad de participar con éxito en la producción económica y en la vida política. Si faltan, la marginalidad llamará a la marginalidad, y esta sociedad acabará siendo irrespirable para todos. Cualquier propuesta para Venezuela deberá entonces ser capaz de explicar cómo piensa incrementar a la vez la pro-

ductividad del aparato estatal y su capacidad de llegar a cada sector social en proporción a sus necesidades de integración que *de facto* no puedan ser satisfechas por otra vía. Al mismo tiempo, deberá decirnos bajo qué mecanismos va a estimular el esfuerzo individual, de manera que sea posible para quienes se encuentran marginados salir adelante productivamente gracias al apoyo estatal, pero no vivir del Estado indefinidamente.

EL ESTADO EN CONFLICTO

Cualquier reforma que afecte la estructura del Estado deberá tenerlo en cuenta además como aparato habitado por grupos funcionariales, militares y políticos con derechos adquiridos e intereses particulares. Aunque el Estado ideal debe decidir y actuar atendiendo sólo al bien común, en la práctica la interferencia de estos intereses y de otros particulares del sector privado ligados a ellos, resulta determinante con demasiada frecuencia entre nosotros. La corrupción es sólo el fenómeno más visible de esta prioridad de lo privado sobre lo público en el Estado, que acontece con mayor frecuencia y gravedad a través de decisiones y actuaciones legales.

Por este motivo, la reforma del Estado no se hará sin fuertes conflictos con los intereses particulares instalados en él de manera más o menos legítima. Como quiera que esa legitimidad se pierda por la acción pública contra el bien común, que tradicionalmente se ha llamado "tiranía", cualquier propuesta de cambios estructurales del Estado que no pretenda dar lugar a la tiranía de otros grupos distintos, encontrará fácil justificarse. Pero además ha de mostrarnos qué respaldo de fuerzas sociales quiere reunir y cómo, para triunfar en el conflicto y que éste no deje al final las cosas peor que antes de comenzar. Por la misma razón, deberá también explicarnos qué lugar reserva a los derrotados por la reforma y a sus intereses legítimos, en la nueva configuración institucional a la que aspira.

Por último, el Estado ha aparecido



La suerte de los más pobres constituye una piedra de toque adecuada para la legitimidad de una propuesta

La recuperación de la fortaleza y operatividad del Estado constituye sin duda el camino de reintegración social por excelencia. Pero como quiera que ésta parece tarea demasiado ardua a mucha gente "con posibles", proliferan las propuestas de resolución privada de los problemas, que disuelven las relaciones sociales tomadas en su conjunto para proteger del deterioro sólo a algunos grupos. Con ello queda amenazada justamente la existencia de aquellos que no tienen posibilidad de

sociedad para ese situarnos.

De ahí que cualquier propuesta de alguna envergadura haya de atender a dos momentos de nuestra inserción en un mundo interdependiente. El primero, cuáles modulaciones internas de estas corrientes exteriores permitan a un país pequeño como Venezuela no ser arrasado a favor de los más fuertes, sino crecer en identidad y presencia aprovechando los beneficios del intercambio y haciendo lealmente beneficio a otros. Preguntas del tipo de qué y cómo habrá que resistir; a qué y cómo habremos de adaptarnos; qué y cómo podremos liderar en el ámbito supranacional, deben ser respondidas por todo proyecto venezolano. De ellas obtendremos algunas ideas acerca de reformas internas prioritarias por imperativo de nuestra situación respecto al exterior.

La última de esas preguntas señala el segundo momento de una inserción posible de Venezuela en el mundo. Se trata de la cuestión de cómo haya de actuarse para modificar las grandes corrientes globales, en cuanto no quepa una asimilación constructiva de ellas, o una resistencia nacional eficaz (lo que sucede, por ejemplo, con la tendencia a la baja en la remuneración del trabajo dentro de un mundo con capitales globalizados, pero sin Estado ni sindicatos mundiales). Puesto que la cuestión sólo tiene respuesta a través de alguna forma de solidaridad entre los pequeños, que nos otorgue poder de negociación frente a las potencias, cualquier proyecto nacional habrá de responder por las relaciones Norte-Sur y por los vínculos Sur-Sur que propone: en qué consistirán, cuáles serán sus objetivos respecto a la configuración del mundo, y dónde estribará su fuerza política para alcanzarlos y resistir las presiones en contra.

CULTURA Y ÉTICA

Si una propuesta para Venezuela es capaz de dar razón de todos estos aspectos, aún le falta algo para que su pertinencia para la integración de un proyecto nacional pueda ser afirmada, y con ello quepa entrar a

entre nosotros en los últimos años como lugar de resolución de las tensiones entre las regiones y los municipios, amenazando convertir el debate nacional en una rebatiña entre parcialidades locales (como lo es desde hace tiempo entre parcialidades gremiales, por ejemplo). Ninguna idea política para Venezuela puede ya ignorar esto, y de todas deberá requerirse una definición de cómo entienden lo regional-municipal en su integración dentro de la vida nacional.

LA UNIDAD SOCIAL

Aunque la unidad social ocurre principalmente a través del Estado, no es éste su único lugar de realización. La convivencia urbana y los intercambios en el mercado, por ejemplo, constituyen otros lugares donde los venezolanos se encuentran entre sí y pueden reconocerse de manera pacífica, alcanzando unidad en el bien mutuo. No pueden ignorarse, sin embargo, las tendencias disgregadoras que en los últimos tiempos están generando una suerte de *apartheid* social. Desde el bloqueo privado de calles públicas hasta el desempleo, desde la separación de los municipios ricos hasta la marginación de grandes grupos sociales de los mercados, los signos de la presencia de dos Venezuelas en tensión violenta abundan.

caparazón protector; y a la vez la tranquilidad de todos, imposible de asegurar en una sociedad insolidaria. La suerte de los más pobres constituye de esta manera una piedra de toque adecuada para el grado de unidad social que con una propuesta pueda alcanzarse, y por tanto para su legitimidad con vistas a un proyecto nacional.

LA INSERCIÓN EN EL MUNDO

Un país como Venezuela no está en capacidad de dictar por entero desde adentro de sí las condiciones de su vida nacional. Nos encontramos situados en medio de corrientes geopolíticas, económicas y culturales más fuertes que nosotros mismos, que podemos intentar modular a nuestro favor pero difícilmente seremos capaces de anular. Así, nuestro aparato productivo ha de resultar competitivo en los ámbitos mercantiles en los que operamos, nuestro desarrollo requiere de capitales que posean movilidad global, nuestra cultura ha de lidiar con los símbolos que se le ofrecen desde afuera a través de los medios de comunicación, nuestra política ha de fijar postura frente a las nuevas modalidades de presión de las potencias. Todo ello resulta cuestión no sólo de cómo nos situamos frente a fuerzas exteriores, sino también de cómo nos constituimos internamente en

discutir su valor respecto a otras propuestas competitivas. Se trata de la cuestión de su engranaje con la cultura pública de los venezolanos. Si no consigue engranar ahí, se tratará de otra propuesta ilustrada más, destinada seguramente al fracaso o a producir los efectos negativos más inesperados, como tantas en nuestra historia republicana. Este tema puede ser abordado bajo varios ángulos.

Uno de ellos parte de la concepción de la cultura como matriz de espontaneidades de acción de las personas. En este aspecto, predomina entre nosotros un familismo notable, que tiende a disolver lo público en conexiones personales, a través de las cuales se reparte el poder y todo lo que desde el poder se distribuye. En los últimos tiempos, como efecto de la sensación de disolución social que nos embarga, ello se hace atendiendo sólo al beneficio en los cortos plazos, aunque así se ponga en riesgo la permanencia del sistema mismo de donde las partes obtienen esos beneficios privados desangrando lo público. La crisis bancaria o la rochela electoral son ejemplos claros.

Cualquier programa para el país habrá de pensar su relación con la cultura bajo este aspecto, porque no podrá tener éxito sino con venezolanos criados dentro de esa matriz cultural, para quienes otras posibilidades (la de una ley civil realmente abstracta, por ejemplo) resultan inverosímiles, aunque todos coincidiéramos en juzgarlas muy deseables. Toda propuesta deberá entonces explicarnos cómo piensa aprovechar o modificar la cultura venezolana así considerada, para introducir en ella más elementos de universalidad (los únicos que la harán capaz de integración en un proyecto nacional) permitiendo a la vez que los venezolanos comunes la realicen y se realicen en ella (no es imposible: un ejemplo exitoso lo tenemos en la religión popular). Si no es capaz de esto, entonces nos hallaremos ante una utopía bienintencionada pero inepta para este país, o ante un nuevo disfraz de intereses particulares en busca de la colonización de lo

público.

La cultura puede definirse también como creación de formas humanas de vida en común. Esto justamente dirá pretender cualquier propuesta de transformación, que será siempre, de manera más o menos consciente, un proyecto cultural. Pero como quiera que la vida en Venezuela no comienza con esa propuesta, habrá de respondernos por su conexión con los modos de creación que los venezolanos hemos ensayado hasta ahora, particularmente con la tenaz creación de vida en condiciones materiales y de reconocimiento precarias que ha ocurrido en los barrios suburbanos, en los que vive o de los que procede la mayor parte de

Toda propuesta deberá explicarnos cómo piensa aprovechar o modificar la cultura venezolana

nuestra población.

Si una propuesta para el país sólo es capaz de reconocer como antecesores suyos a la acción creadora de las élites del poder y del dinero, y/o de los grupos de la élite tecnocrática ilustrada, habrá elegido como punto de partida desconocer al sujeto social de mayor densidad creativa de Venezuela, para apoyarse en quienes tienen la principal responsabilidad en el actual estado de cosas, o en quienes se sienten desvinculados de un pueblo al que desprecian. Sin reconocer como valiosa la creación popular de vida y ofrecerle cauces nuevos para superar sus limitaciones, cualquier propuesta se arriesgará a un estruendoso fracaso cultural.

Por último, cultura puede entenderse también como elaboración y comunicación de símbolos que expresan lo tenido por realmente valioso en la vida. Resulta evidente que cualquier propuesta que pretenda convocar a nuestro pueblo para una transformación costosa en términos de sacrificios y de conflictos, habrá de ser muy expresiva simbólicamente, para

transmitir la convicción de que vale la pena asumir esos costos. No podrá pues desconocer la importancia de las imágenes con que se presenta, de las razones por las que es avalada, de la autoridad moral de sus representantes.

En fin de cuentas, cualquier propuesta de transformación del país aspira a reconfigurar el sistema social de valoraciones compartidas, que se expresa y transmite a través de símbolos, se plasma en los modelos sociales de persona y de institución admirables, se concreta en las leyes, se realiza en el respeto de éstas o en las modalidades de su irrespeto. Por eso, en último término, cualquier proyecto para Venezuela habrá de responder por las modificaciones que introduzca en nuestro *ethos* colectivo. En la medida en que efectivamente mueva a los diversos grupos sociales al crecimiento hacia la universalidad moral (respeto de lo público, apuesta por la vida en común, solidaridad con los desfavorecidos, compromiso por la justicia...), en esa misma medida ayudará a integrar a los venezolanos en un proyecto nacional.

Tal vez tengamos aquí la conclusión más adecuada para esta presentación sinóptica: la integración de las diversas propuestas de transformación del país en un proyecto nacional requiere más que su mera compatibilidad en el terreno de las ideas, incluso más que la consideración en ellas de las limitantes (económicas, de inserción global, de espontaneidades culturales) que la situación impone: estriba primero en la pretensión de integrar las diversas parcialidades venezolanas en una unidad social inclusiva, construida entre todos, quienes y como somos hoy, de manera tal que en el proceso mismo de discutirla y realizarla crezca nuestra capacidad de asumir el país como totalidad. Con sólo presentarse a la discusión detallada, las propuestas que cumplan estas condiciones habrán prestado ya un significativo servicio a Venezuela. v

Raúl González Fabre es miembro del Centro Gumilla.